

La educación y el arte en José Martí: patriotismo, ética y humanismo pedagógico

Education and Art in José Martí: Patriotism, Ethics, and Humanist Pedagogy

M. Sc. Luis Enrique Amador Quiñones

<qkq73@gmail.com>

<https://orcid.org/0009-0003-2659-5030>

Universidad de las Artes (ISA), La Habana, Cuba.

RESUMEN

Este artículo analiza la concepción de José Martí (1853-1895) del patriotismo —influenciada por pensadores como Félix Varela— y cómo Martí plasmó sus ideales éticos y pedagógicos en obras literarias. Se examinan textos clave de Martí, desde su temprana pieza dramática *Abdala* y su correspondencia con los generales independentistas Máximo Gómez y Antonio Maceo, hasta su revista infantil *La Edad de Oro* y poemas como *Los zapaticos de rosa* y *Yugo y estrella*. A través de estos ejemplos, se resalta el pensamiento humanista y la visión pedagógica de Martí, así como su defensa del amor a la patria, la virtud y la unidad latinoamericana. En conclusión, se enfatiza la vigencia del legado educativo y moral de Martí en la formación cultural y ciudadana contemporánea.

Palabras clave: José Martí, educación, arte.

ABSTRACT

This article examines Jose Marti (1853-1895) conception of patriotism—shaped by thinkers like Félix Varela—and how Marti expressed his ethical and pedagogical ideals through literary works. We analyze key texts by Marti, from his early dramatic piece *Abdala* and his correspondence with independence generals Maximo Gomez and Antonio Maceo, to his children’s magazine *La Edad de Oro* and poems such as *Los zapaticos de rosa* and *Yugo y estrella*. These examples highlight Martí’s humanist thought and pedagogical vision, as well as his advocacy of love for the homeland, virtue, and Latin American unity. In conclusion, we underscore the relevance of Martí’s educational and moral legacy in contemporary cultural and civic education.

Keywords: Jose Mari; education; art.



INTRODUCCIÓN

José Martí (1853-1895) es una figura cimera de la cultura, la educación y la política latinoamericana. Conocido como el “Apóstol” de la independencia cubana, Martí fue poeta, periodista, maestro y líder revolucionario. Su pensamiento humanista integró profundamente la **educación** y el **arte** al servicio de la formación ética y patriótica del pueblo. Desde temprana edad Martí absorbió las influencias de maestros e intelectuales que lo precedieron, en especial la de Félix Varela (1788-1853), sacerdote y filósofo cubano cuyas ideas marcaron el surgimiento de una conciencia nacional cubana. Varela falleció apenas 28 días después del nacimiento de Martí, pero legó una semilla intelectual que Martí haría florecer. Ambos compartían la convicción de que la educación moral y el amor a la patria eran pilares para forjar una **nación** libre y justa.

En este artículo se explora cómo Martí desarrolló un pensamiento pedagógico y artístico propio, fusionando patriotismo, ética y humanismo. A través del análisis de sus escritos —desde obras literarias hasta cartas y ensayos— se examina la manera en que Martí promovió valores de independencia, virtud y solidaridad.

Manteniendo a José Martí como figura central, y mencionando a Félix Varela solo cuando es esencial para contextualizar el pensamiento martiano, el estudio abarca sus conceptos de **patriotismo**, su visión **humanista** y **pedagógica**, y su aporte a la **literatura** infantil como instrumento educativo. A continuación, se desarrolla la temática en tres ejes: (1) el patriotismo y la ética en Martí, con la impronta de Varela; (2) la visión pedagógica, anticolonial y latinoamericanista en *La Edad de Oro*; y (3) la expresión de sus ideales éticos y patrióticos en poemas emblemáticos como “*Los zapaticos de rosa*” y “*Yugo y estrella*”. Finalmente, se presenta una conclusión que vincula la vigencia del legado martiano con los desafíos educativos actuales.

La relevancia de Martí en el siglo XXI permanece intacta. Sus ideas sobre el patriotismo inclusivo, la unidad latinoamericana, la dignidad frente a la opresión y la importancia de la educación integral resuenan ante los desafíos actuales. En tiempos de incertidumbre y crisis de valores, la vida y obra de Martí se vuelven aún más “corpóreas y tangibles”, ofreciéndonos modelos e inspiración. Retomar las páginas de *La Edad de Oro*, releer sus cartas llenas de sinceridad y respeto, o sus versos ardientes, puede iluminar el camino en la formación de las nuevas generaciones. Como concluye simbólicamente Martí en *Yugo y estrella*, la elección siempre presente es entre la oscuridad de la servidumbre o la luz a veces solitaria de la verdad. Martí nos invita a elegir la luz y a educar para la **libertad** y la **virtud**.

Quizás haya elementos premonitorios en este poema, Martí estuvo sólo muchas veces, fue incomprendido, incluso, por las personas que más admiraba, fue traicionado en varias ocasiones, y aun así asumió una vida permeada de creación, amor, ética, sentido del deber y la amistad, entrega total, él fue de los que prefirió ponerse de pie sobre el yugo para lucir por toda la eternidad sobre su frente la estrella que ilumina y mata.

La obra del maestro tendrá que ser más visitada en lo adelante si se quiere un país, un continente y un mundo mejor. Ahora, en los tiempos que corren, ahora es que se nos hace su figura más corpórea y tangible.

El objetivo de este artículo es analizar la concepción de martina del patriotismo —influenciada por pensadores como Félix Varela— y cómo Martí plasmó sus ideales éticos y pedagógicos en obras literarias.

DESARROLLO

Patriotismo y ética martianos: la influencia de Varela

El concepto de **patriotismo** en José Martí se caracteriza por una profunda base ética y humanista, en la cual es posible vislumbrar la influencia de Félix Varela. Desde muy joven, Martí mostró una clara comprensión del amor patrio. En su temprana obra *Abdala*¹, escrita a los 15 años, el protagonista declara de forma inequívoca que *“el amor a la patria no es el amor ridículo a la tierra ni a la hierba que pisan nuestras plantas; es el odio invencible a quien la oprime, es el rencor eterno a quien la ataca”*. Esta definición martiana del amor patrio —no como apego a la tierra natal en sí, sino como rechazo absoluto al opresor— resume el núcleo de su patriotismo ético.

Años antes, el padre Félix Varela² había expuesto una idea afín en sus *Lecciones de filosofía*, al señalar que *“la patria no significa un pueblo, una ciudad, ni una provincia; sin embargo, los hombres dan preferencia a los objetos (...) más ligados con sus intereses individuales y son muy pocos los que perciben las relaciones generales de la sociedad, y mucho menos los que por ellas sacrifican utilidades inmediatas”*. Martí, como continuador de ese ideal, encarnó la capacidad de sacrificar intereses personales en pos del bien común de la **patria**, siguiendo la máxima vareliana de anteponer las responsabilidades colectivas a los beneficios individuales.

Quince años después de *Abdala*, en plena madurez política, Martí enfrentó una situación que puso a prueba sus convicciones patrióticas y éticas. Durante su estancia en Nueva York en 1884, sostuvo divergencias con los generales independentistas sobre la conducción de la nueva guerra de liberación de Cuba. En particular, el 20 de octubre de 1884, Martí escribió una **carta** célebre al

General Máximo Gómez expresándole con franqueza sus preocupaciones. Esta misiva, considerada un documento programático de su doctrina patriótica, tuvo precedentes en dos cartas que Martí enviara dos años antes, el 20 de julio de 1882, al propio Gómez y al General Antonio Maceo.

En la carta de 1882 a Gómez, con apenas 29 años, Martí demostraba su *lealtad* a la causa independentista y su respeto por la autoridad de los jefes militares, pero también la necesidad de prudencia y unidad: *“le escribo [...] para pedirle su cuerdo consejo (...); porque llevamos ya muchas caídas para no andar con tiento en esta tarea nueva. El país vuelve aún los ojos confiados a aquel grupo escaso de hombres... importa mucho que el país vea juntos, sensatos ahorradores de sangre inútil... a los que intentan sacarlo de su quicio, y ponerlo sobre quicio nuevo”*³. Martí reconocía así el liderazgo de Gómez y Maceo, y abogaba por la sensatez y la economía de sangre en pos del bien de la patria.

En su mensaje paralelo a Antonio Maceo (20 de julio de 1882), Martí exaltó la valentía del General y le habló con sinceridad del mayor peligro que acechaba a la revolución: la división entre cubanos por motivos de raza o facción social. Con un tono vehemente, afirmó: *“Para mí es un criminal el que promueva en Cuba odios, o se aproveche de los que existen. Y otro criminal el que pretenda sofocar las aspiraciones legítimas a la vida de una raza buena y prudente que ha sido ya bastante desgraciada”*⁴. En estas líneas, Martí condena tanto a quienes fomentan el odio racial como a quienes niegan los justos anhelos de igualdad, evidenciando su visión ética de la revolución donde la **unidad** y la justicia social eran sagradas.

Es notable cómo resuenan aquí los principios de Varela: Martí, al igual que el presbítero, cree en la posibilidad de aprovechar a todo hombre de buena fe en función de la libertad de Cuba, aun si existen diferencias de criterio. Varela había escrito al respecto que *“muchos que difieren totalmente, aun en cuanto a las bases de un sistema político, no tienen un ánimo antipatriótico; y que bien manejados variarían ingenuamente de opinión, y serían útiles a la patria”*². Martí encarna esta confianza humanista en el potencial de cada persona para servir a la nación, siempre que se guíe por el amor a Cuba.

Las discrepancias de Martí con Gómez y Maceo en 1884 giraban precisamente en torno a la *ética* en el liderazgo de la guerra. Martí se oponía a cualquier forma de caudillismo o imposición autoritaria que sofocara el pensamiento libre. Tras una reunión tensa el 18 de octubre de 1884, donde Gómez exigió obediencia absoluta a sus decisiones militares, Martí optó por expresar sus opiniones por escrito, buscando la claridad lejos de la acalorada discusión personal. En la carta del 20 de octubre de 1884, Martí expuso con respeto pero con firmeza su deber de decir la verdad incómoda por el

bien de la patria. “*Ya lo veo a usted afligido, porque... cree de veras que lo que hace, como que se siente inspirado de un motivo puro (...) es preciso que, a despecho de toda consideración de orden secundario, la verdad adusta... salga al paso de todo lo que considere un peligro, y ponga en su puesto las cosas graves, antes de que... no tengan remedio*”⁵ —escribió Martí a Gómez, anteponiendo su lealtad a Cuba incluso a la amistad personal.

La *franqueza* valiente de Martí evidenciaba que, para él, la lealtad a los principios de la futura República (la “patria que ha de ser”) estaba por encima de la obediencia ciega a una figura militar. En esta defensa de la discusión abierta y la conciliación por encima del absolutismo, se manifiesta nuevamente la ética vareliana: el verdadero patriotismo no admite el culto personal ni la tiranía, sino que exige humildad, debate y subordinación de los egoísmos al interés nacional. Martí consideraba “indispensable aclarar las consecuencias de posiciones autoritarias... que contradecían los postulados fundacionales de un país”. De este modo, su pensamiento político-pedagógico buscaba formar ciudadanos capaces de pensar por sí mismos y líderes capaces de escuchar, todos guiados por el amor genuino a la patria y la *virtud cívica*.

En síntesis, el **patriotismo martiano** es inseparable de la ética y el **humanismo**. Influenciado por Félix Varela pero desarrollado con luz propia, Martí concibió el amor patrio como un compromiso supremo con la libertad y la dignidad humana. Sus cartas y escritos políticos muestran a un maestro que educa incluso a sus contemporáneos líderes, advirtiéndoles contra la ambición personal, el racismo y la autocracia. Para Martí, ser patriota implicaba un sentido del deber inquebrantable y a la vez profundamente moral: la patria se servía con honestidad, con *sacrificio personal* y con la búsqueda de la unidad en la diversidad, nunca con imposiciones ni odios. Esta visión marcaría también su obra educativa y literaria, donde continúa enseñando estos valores a las nuevas generaciones.

Contramodernidad y pedagogía en *La Edad de Oro*

Otra faceta fundamental del pensamiento martiano es su visión **pedagógica** y *latinoamericanista*, plasmada en obras dedicadas a los **niños**. Martí estaba convencido de que la educación de la niñez era el cimiento para un futuro mejor, y por ello fundó en 1889 la revista *La Edad de Oro*, dirigida “a los niños de América”. En esta revista Martí desplegó un estilo literario de gran belleza y sencillez para transmitir conocimientos e inculcar valores. Desde el primer número, en el prólogo titulado A los niños que lean *La Edad de Oro*, declara su propósito educativo de manera entrañable: “*Les vamos a decir cómo está hecho el mundo; les vamos a contar todo lo que han hecho los hombres hasta ahora... para que los niños americanos sepan cómo se vivía antes, y se vive hoy, en América, y en*

*las demás tierras... para que el niño conozca los libros famosos donde se cuentan las batallas y las religiones de los pueblos antiguos*⁶. Con estas palabras, Martí invita a los pequeños lectores a un viaje por la historia y la cultura universal, enfatizando especialmente la **identidad americana**. Su meta era formar niños **cultos** y **conscientes** de su herencia, mostrando el pasado y el presente de América junto con el del resto del mundo, en un lenguaje accesible pero profundo.

En *La Edad de Oro*, Martí propone una visión alternativa a la noción eurocéntrica de *civilización* que despreciaba lo autóctono. Él desarrolla el concepto de **contramodernidad**, revalorizando lo *natural* y propio de América frente a la pretendida superioridad europea. Un ejemplo emblemático es el ensayo *Las ruinas indias*, publicado en esa revista, donde Martí narra con ternura y admiración la grandeza de las civilizaciones precolombinas. Escribe que *“no habría poema más triste y hermoso que el que se puede sacar de la historia americana. No se puede leer sin ternura... uno de esos buenos libros viejos... que hablan de la América de los indios, de sus ciudades y de sus fiestas, del mérito de sus artes y de la gracia de sus costumbres. Unos vivían aislados y sencillos... como pueblos acabados de nacer”*⁷. Esta hermosa prosa martiana reivindica al *hombre natural* americano, mostrando que las culturas originarias, con sus artes y costumbres, nada tenían que envidiar a las europeas. Martí rechaza explícitamente asociar a los pueblos indígenas con la “barbarie” —término peyorativo usado por algunos intelectuales del siglo XIX— y prefiere llamarlo *lo natural*, en contraste con la falsa erudición y la *modernidad impuesta* desde Europa. De esta forma, educa a los niños en el respeto hacia las civilizaciones indígenas y en el orgullo por el patrimonio cultural americano, combatiendo prejuicios coloniales.

Martí lleva aún más lejos esta lección durante su crónica de la Exposición Universal de París (1889), también publicada en *La Edad de Oro*. En el artículo *La Exposición de París*⁸, convierte la visita a la gran feria mundial en un recorrido *multicultural* donde todos los pueblos tienen cabida. Describe, con un tono lleno de asombro didáctico, una subida imaginaria a la torre Eiffel junto a representantes de diversas nacionalidades: *“Vamos a subir, con los noruegos de barba colorada, con los negros senegaleses de cabello lanudo, con los anamitas de moño y turbante, con los árabes de babuchas... con el inglés callado, con el yanqui celoso, con el italiano fino, con el francés elegante, con el español alegre; vamos a subir por encima de las catedrales más altas, a la cúpula de la torre de hierro. Vamos a ver... en sus palacios extraños y magníficos a nuestros pueblos queridos de América*. En lugar de destacar las excentricidades o exotismos de cada delegación, Martí dirige la mirada del niño lector a *lo humano común*: al llegar a lo alto de la torre, invita a *“ver vivir, como viven en sus países de luz, al javanés en su casa de cañas, al egipcio cantando detrás de su burro, al*

argelino que borda la lana a la sombra del palmar, al siamés que trabaja la madera con los pies y las manos, al negro del Sudán... al árabe que corre a caballo... con el albornoz blanco al viento”.

Esta enumeración poética de escenas cotidianas de distintos pueblos subraya la *unidad en la diversidad*: todas las culturas merecen admiración en su propia luz. Martí deliberadamente deja de lado la ostentación material de la feria (“el oropel y la enajenación del desarrollo” técnico) para *poner al hombre como lo más importante*. Su lenguaje sutil enseña al niño a valorar a las personas por encima de las máquinas y las riquezas: lo que maravilla a Martí no son los lujos de los pabellones, sino la reunión fraternal de las razas humanas y el ver a “nuestros pueblos queridos de América” representados dignamente en el mundo.

El **latinoamericanismo** de Martí aflora con fuerza cuando describe el *Pabellón Argentino* en la exposición. En medio de los adelantos técnicos exhibidos, destaca un símbolo patrio: *“Brilla un sol de oro allí por sobre los árboles y sobre los pabellones, y es el sol argentino, puesto en lo alto de la cúpula, blanca y azul como la bandera del país... el palacio de hierro dorado y cristales de color en que la patria del hombre nuevo de América convida al mundo... a ver lo que puede hacer en pocos años un pueblo recién nacido que habla español, con la pasión por el trabajo y la libertad (...) ¡mejor es morir abrasado por el sol que ir por el mundo... con los brazos cruzados!”*. Martí elogia que Argentina, un joven país americano, asombre al mundo con su progreso logrado gracias al *trabajo y la libertad*, e inserta una frase de enorme carga ética: es preferible morir bajo el sol (trabajando arduamente) que vivir en la inercia con los brazos cruzados. Este mensaje, dirigido a los niños latinoamericanos, ensalza el valor del *trabajo honrado* y el espíritu de *libertad*, oponiéndose a la pereza y la subordinación. Sin duda, como apunta Martí, este pasaje dialoga con las ideas de Domingo F. Sarmiento, quien en su obra *Facundo*⁹ había contrapuesto la “civilización” urbana al “atraso” del hombre de campo argentino. Martí revierte ese prejuicio: el “hombre nuevo de América” —forjado en las pampas, en las minas, en las selvas— puede crear naciones prósperas sin renunciar a su identidad. Con esta perspectiva, Martí educa en el *orgullo criollo* y la solidaridad continental, alejándose de la mirada europeizante de Sarmiento.

A través de *La Edad de Oro* y sus textos ensayísticos, Martí educa deleitando. Su estilo combina la narración amena, la descripción vívida y la reflexión profunda, logrando transmitir a los niños conceptos complejos de historia, ciencia, arte y moral de forma comprensible. Los ejemplos analizados muestran constantes en el pensamiento martiano: un humanismo que coloca al ser humano —sin distinción de raza o cultura— en el centro; un rechazo a la “modernidad” deshumanizada y a la mentalidad colonial que menosprecia lo americano; una exaltación de la **ética**

del trabajo y la *virtud*. Al mismo tiempo, Martí inculca el amor a la *patria grande* (América) sin chauvinismos estrechos, sino con una visión de fraternidad universal. Estas lecciones de contramodernidad y pedagogía humanista en *La Edad de Oro* complementan su prédica patriótica: forman ciudadanos orgullosos de su herencia, compasivos y laboriosos, capaces de luchar por la libertad con conocimiento y decoro. La prosa martiana, cargada de imágenes hermosas y sentimientos nobles, es en sí misma arte puesto al servicio de la educación.

La lección de ética en *Los zapaticos de rosa*

Entre la producción literaria de Martí dedicada al público infantil, destaca el poema *Los zapaticos de rosa*¹⁰ (1889) por su conmovedora enseñanza ética y humanitaria. Publicado en el número 3 de *La Edad de Oro*, “*Los zapaticos de rosa*” narra la historia de Pilar, una niña rica que descubre la dura realidad de la pobreza y actúa movida por la **compasión** más pura. Martí presenta inicialmente a Pilar como una niña afortunada materialmente pero de buen corazón: tiene un padre amoroso que la deja disfrutar libremente («*¡Vaya la niña divina! ... Vaya mi pájaro preso a buscarme arena fina*», le dice con cariño su padre al llevarla a la playa), y una madre dedicada que la acompaña personalmente, a diferencia de otras madres de la élite que delegan en niñeras. En contraste, en la misma playa hay una madre pobre “que llora” porque su hijita enferma no tiene recursos ni salud; sin embargo, esa madre humilde es retratada también como *excelente madre*, amorosa a su modo aunque carezca de medios.

Martí dibuja con finura el **contraste social** entre el mundo privilegiado de Pilar y el mundo de los pobres. Mientras “*las señoras, como flores, debajo de las sombrillas*” conversan con sus esposos en la zona acomodada de la playa, Pilar percibe que “*lo alegre es allá... en la barranca de todos*”, es decir, en la parte pública y sencilla donde se bañan los niños y ancianos pobre. Cansada del ambiente serio y aburrido de su sector, la niña inocente se siente atraída por la alegría genuina de la gente humilde y, con el permiso de su madre, decide ir a jugar con ellos. Este gesto simboliza el instinto humano de *fraternidad*: Pilar cruza espontáneamente la barrera social en busca de la verdadera felicidad compartida que ha vislumbrado “en la barranca de todos”.

El punto culminante de la historia llega cuando Pilar regresa sin sus lujosos zapatos de color rosa. Su madre, sorprendida, le pregunta por ellos, y pronto se revela la causa: Pilar le ha regalado sus zapatos a la niñita enferma de la mujer pobre, al ver que la pequeña tenía los pies fríos y ningún calzado adecuado. Este acto de generosidad infantil es la gran *lección ética* del poema. Martí muestra cómo una niña, desde su inocencia, puede sentir empatía profunda por el sufrimiento ajeno

y desprenderse de algo querido (sus zapatos nuevos, símbolo de su comodidad) para aliviar a otra niña necesitada. La madre de Pilar, al comprender lo ocurrido, no la regaña; por el contrario, esa vivencia transforma a ambas. En una escena final enternecedora, la madre pobre —demostrando dignidad y vergüenza honrada— se acerca a devolver los zapatos regalados diciendo: “*Yo tengo una niña enferma... y la traigo al aire puro... porque tenía los pies muy fríos y [Pilar] en su casa tenía más zapatos, pero la pobreza pasa, la vergüenza no*”. Esta frase, “*la pobreza pasa, la vergüenza no*”, encierra la moraleja: la falta de dinero es una circunstancia que se puede sobrellevar, pero la pérdida de la honradez (caer en la mendicidad o el abuso) sería imperdonable. La mujer humilde prefiere devolver el obsequio antes que faltar a su decoro, enseñando así también a Pilar y a su madre una lección de integridad.

El desenlace del poema refuerza el **humanismo martiano**: la madre de Pilar, conmovida, *abraza a su hija y le entrega a la mujer pobre no solo los zapatos sino también dinero, junto con un clavel y un beso*. Ambas madres, la rica y la pobre, quedan unidas por un instante de solidaridad femenina y maternal. Cuando Pilar y su madre se marchan de la playa al anochecer, “*vuelven calladas de noche... Pilar va en el cojín de la derecha del coche*”. El silencio reflexivo de la niña y su madre indica cuánto las ha impactado la experiencia: ya nada es igual que en la ida alegre; ahora retornan en silencio, transformadas interiormente. Martí subraya que el contacto con la realidad dura de la pobreza y el ejercicio de la caridad genuina han dejado en Pilar una huella indeleble. A través de esta narración poética, Martí educa en valores de **empatía, generosidad y dignidad**. El poema sugiere que la verdadera riqueza es la bondad: Pilar, al dar sus zapatos, ha ganado una conciencia nueva sobre la vida y el sufrimiento de otros. Por su parte, la madre pobre demuestra que la virtud moral puede hallarse en cualquier estrato social.

“*Los zapaticos de rosa*” sintetiza la ética martiana aplicada a la literatura infantil: conmover el corazón del lector para elevar su espíritu. Como maestro, José Martí creía que los niños debían aprender no solo conocimientos, sino *sentimientos humanos superiores*. En este poema, mediante un lenguaje sencillo y emotivo, se despierta la compasión y se condena la indiferencia ante la desigualdad. La obra artística se convierte así en vehículo de educación moral. Cabe destacar que Martí nunca recurre al panfleto o la moraleja explícita; confía en el poder de la historia bien contada y de la belleza poética para sembrar en los niños la semilla de la **solidaridad**. En última instancia, el poema transmite que la felicidad verdadera proviene de la **bondad** compartida: al procurar la alegría de otros, incluso renunciando a un lujo propio, uno se enriquece humanamente. Este mensaje

atemporal mantiene su vigencia, invitando a cada generación a practicar la empatía y la virtud como base de la vida en sociedad.

El símbolo del yugo y la estrella: sacrificio y libertad en Martí

En la obra poética de José Martí destinada al público adulto, sobresale *Yugo y estrella*¹¹ como expresión culminante de su ideal patriótico y filosófico. Este poema, escrito probablemente alrededor de 1892 (publicado póstumamente en *Versos libres*), condensa en forma alegórica la elección moral fundamental que, a juicio de Martí, define a un verdadero revolucionario. En “*Yugo y estrella*”, Martí combina magistralmente el **patriotismo**, el **anticolonialismo**, la **ética del sacrificio** y la visión **política** en un diálogo simbólico entre una madre y su hijo. La madre representa a la **patria** que ofrece dos destinos a su hijo (que encarna al cubano, al hombre nuevo): aceptar el *yugo* del sometimiento con comodidades materiales, o llevar en la frente la *estrella* de la libertad con todos sus riesgos.

El poema inicia evocando el momento del nacimiento del hijo, cuando la madre patria le presenta las “insignias de la vida” para que escoja: “*Cuando nací, sin sol, mi madre dijo: ‘Flor de mi seno, Homagno generoso... Mira estas dos, que con dolor te brindo, insignias de la vida: ve y escoge’*”. La primera opción —explica la madre— es un **yugo**: “*Este es un yugo: quien lo acepta, goza. Hace de manso buey, y como presta servicio a los señores, duerme en paja caliente, y tiene rica y ancha avena*”. Estos versos encierran una potente *ironía*: el yugo simboliza la **opresión colonial o tiránica**, que convierte al hombre en un “manso buey”. Quien se somete al yugo puede disfrutar de cierta **comodidad material** (paja caliente, abundante avena), es decir, vive seguro bajo la protección del amo y sacia sus necesidades básicas. Martí alude críticamente a aquellos que prefieren la esclavitud o la dominación extranjera a cambio de privilegios o de evitar el sacrificio. Él mismo señaló en algún momento que muchos cubanos decían querer la libertad de Cuba, “*pero no todos se mostraron dispuestos a defenderla*”. La madre patria ofrece esta alternativa “con dolor”, ya que implica renunciar a la dignidad; sin embargo, reconoce que es una posibilidad que algunos eligen: vivir sin luchar, a costa de llevar el yugo en el cuello.

La segunda insignia es, en contraste, una **estrella** radiante: “*Esta... que alumbra y mata, es una estrella. Como que riega luz, los pecadores huyen de quien la lleva, y... todo el que lleva luz se queda solo*”. La estrella representa la **libertad** y la virtud (la luz), pero viene acompañada de la soledad y el peligro (alumbra y *mata*). Quien porta la estrella —es decir, quien dedica su vida a esparcir la luz de la verdad y la justicia— suele ser incomprendido, perseguido o incluso sacrificado.

“*Todo el que lleva luz se queda solo*”, afirma el poema con amarga verdad: el camino del reformador o del revolucionario suele ser solitario y lleno de ingratitud. Martí parece anticipar aquí su propia suerte: a lo largo de su vida, él experimentó la incompreensión, la traición de algunos cercanos y la soledad moral del que va adelante de su tiempo. Sin embargo, fiel a sus principios, Martí eligió la estrella sobre el yugo. El poema concluye con la implícita decisión del hijo de *ponerse la estrella en la frente*, aunque ello conlleve la posibilidad del martirio. En un texto en prosa, Martí había expresado una idea similar al decir que prefería “pararse sobre el yugo para que la estrella que ilumina y mata se le vea desde lejos” – es decir, que antes se dejaría aplastar luchando de pie que vivir arrodillado en sumisión.

La imagen del hombre de la estrella en la frente se ha interpretado como la autorrepresentación de Martí y a la vez un llamado a todos los cubanos a asumir ese rol heroico. “Yugo y estrella” es, en definitiva, una exhortación poética a abrazar el ideal más alto: el del sacrificio por la libertad. Martí reúne en estos versos su *pensamiento político-moral*: invita a sus compatriotas (y a todo lector) a escoger entre la vida fácil del esclavo —cómoda pero innoble— y la vida ardua del libertador —dura pero sublime. La ética martiana, plenamente realizada en este poema, enaltece la opción del sacrificio personal por el bien común. *La luz de la estrella* simboliza la pureza de causa (la independencia de Cuba, la justicia) que espanta a los “pecadores” (opresores y egoístas) y puede dejar a uno sin compañía, pero ilumina el camino de los pueblos. Martí sabía que portar esa luz implicaba riesgo de muerte (“alumbra y mata”), como finalmente ocurrió en Dos Ríos en 1895, cuando entregó su vida en combate. No obstante, dejó claro que ese era el único camino honorable: “*él fue de los que prefirió ponerse de pie sobre el yugo para lucir por toda la eternidad sobre su frente la estrella que ilumina y mata*”. En esta frase, tomada de un ensayo biográfico sobre Martí, se resume el legado moral que el poeta nos legó: pararse sobre el yugo significa romper las cadenas de la opresión, y lucir la estrella eternamente significa que su ejemplo brilla más allá de su muerte.

En “*Yugo y estrella*”, el **arte** de Martí alcanza una de sus cumbres, combinando la belleza lírica con la profundidad filosófica. El poema funciona como una parábola patriótica y ética aplicable no solo a la Cuba de su época sino a cualquier circunstancia donde se deba elegir entre la cómoda sumisión y la arriesgada libertad. La vigencia de esta disyuntiva es notable: Martí nos sigue interpelando sobre qué estamos dispuestos a sacrificar por nuestros ideales. Su respuesta fue tajante en la teoría y en la praxis: eligió la estrella, es decir, la senda del *deber*, la *verdad* y la *libertad*, aun a costa de su vida. Así, mediante símbolos accesibles (un yugo, una estrella, una madre y un hijo), impartió una enseñanza política y moral de enorme calado. Como buen maestro, Martí no solo enseñó con la

pluma sino también con el ejemplo de su propia existencia, haciendo de su vida una obra de coherencia entre pensamiento y acción.

CONCLUSIONES

José Martí logró armonizar **educación** y **arte** en una obra multifacética al servicio de los más altos ideales humanos. A través de sus ensayos, poemas, cartas y cuentos, forjó una pedagogía patriótica y ética que situó al amor a la patria, la virtud y la justicia en el centro de la formación ciudadana. Manteniendo siempre una prosa y poesía de extraordinaria calidad estética, Martí enseñó tanto a niños como a adultos: inculcó en los primeros la curiosidad intelectual, el orgullo por la identidad americana y la sensibilidad moral (*La Edad de Oro*, *Los zapaticos de rosa*), y en los segundos la responsabilidad cívica, el sentido del honor y el compromiso con la libertad (*Abdala*, las cartas a Gómez y Maceo, *Yugo y estrella*). Si bien reconoció la influencia de pensadores anteriores como Félix Varela, Martí desarrolló un pensamiento original y universal, enraizado en la realidad de Cuba y de América pero proyectado hacia la humanidad entera.

En el recorrido temático de este artículo se ha visto a un Martí **humanista**, que concibe la *educación* como liberadora y fundamentada en el amor (amor al saber, al prójimo, a la patria); a un Martí **ético**, que predica con el ejemplo la honestidad, la laboriosidad y el sacrificio por el bien común; y a un Martí **artista**, que utiliza la palabra bella y la metáfora poderosa para grabar estas enseñanzas en el corazón de sus lectores. La figura de José Martí sobresale así como **escritor-pedagogo**, alguien que hizo de su obra literaria un vehículo de transformación social y moral.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

1 Martí J. Abdala. Periódico La Patria Libre (La Habana); 23 de enero de 1869. <https://misiones.cubaminrex.cu/es/articulo/abdala-el-preludio-de-una-vida-dedicada-la-patria-poema-integro-adjunto>

2 Varela F. Lecciones de filosofía. La Habana: Editorial de la Universidad de La Habana; 1961. <https://dn790007.ca.archive.org/0/items/leccionesdefilo00varegoog/leccionesdefilo00varegoog.pdf>

3 Martí J. Carta al General Máximo Gómez (Nueva York, 20 de julio de 1882). https://www.josemarti.cu/wp-content/uploads/2014/06/02_AL_GENERAL_MaXIMO_GoMEZ._Nueva_York_20_de_julio_1882.pdf

4 Martí J. Carta al General Antonio Maceo (Nueva York, 20 de julio de 1882) <https://cvgm.lahavane.com/jose-marti-carta-al-general-antonio-maceo/>

5 Martí J. Carta al General Máximo Gómez (Nueva York, 20 de octubre de 1884).

6 Martí J. A los niños que lean La Edad de Oro. Revista La Edad de Oro (Nueva York); Año 1, No.1 (julio de 1889). <https://www.josemarti.cu/publicacion/a-los-ninos-que-lean-la-edad-de-oro/>

7 Martí J. Las ruinas indias. Revista La Edad de Oro (Nueva York); Año 1, No.1 (julio de 1889). <https://www.josemarti.cu/publicacion/las-ruinas-indias/>

8 Martí J. La Exposición de París. Revista La Edad de Oro (Nueva York); Año 1, No.3 (septiembre de 1889). <https://www.josemarti.cu/publicacion/la-exposicion-de-paris/>

9 Sarmiento DF. Facundo: civilización y barbarie. Santiago de Chile; 1845. <https://archive.org/details/facundo-sarmiento-1924/page/6/mode/2up>

10 Martí J. Los zapaticos de rosa. Revista La Edad de Oro (Nueva York); Año 1, No.3 (septiembre de 1889). https://es.wikipedia.org/wiki/La_Edad_de_Oro

11 Martí J. Yugo y estrella. (Poema de Versos libres, ca. 1892). <https://www.poemas-del-alma.com/yugo-y-estrella.htm>

Recibido: 12 de setiembre de 2025

Aceptado: 22 de diciembre de 2025

El (los) autor(es) de este artículo declara(n) que:

Este trabajo es original e inédito, no ha sido enviado a otra revista o soporte para su publicación.

Está(n) conforme(s) con las prácticas de comunicación de Ciencia Abierta.

Ha(n) participado en la organización, diseño y realización, así como en la interpretación de los resultados.

Luego de la revisión del trabajo, su publicación en la revista Pedagogía Profesional.

NO HAY NINGUN CONFLICTO DE INTERÉS con otras personas o entidades